

teamiento de sus problemas fundamentales que se encuentran esbozados, en buena parte, en sus páginas agudas y eruditas. A ellas habrá que ir siempre en busca de apoyo y punto de partida. Lo cual es prueba de su eficacia y prenda de inmortalidad.

José A. PORTUONDO.

Gaceta del Caribe, La Habana,

octubre 1944, págs. 16-19.

DOS O TRES MUNDOS

Alfonso Reyes.—Ediciones Letras de México, 1944

¡Un mundo!, concluyó el finado Wendell Willkie, recalcando el orden práctico, después de haber verificado al vuelo un periplo terrestre. ¡Dos o tres mundos!, exclama Alfonso Reyes, cuando ha recorrido por enésima vez el orden teórico, el infinito mundo de las ideas.

¿Dos o tres mundos nada más? Cien, mil, un millón... Tan-
tos como egos hay en la humanidad, multiplicados por el número de las posiciones que puede adoptar cada ego. Alfonso Reyes tiene un sensorio semejante a la cámara de esos fotógrafos modernísimos que adoptan los ángulos más extraños para captar su objeto.

En el tomo editado por Letras de México se recogen aspectos de los diversos mundos que han salido del cerebro de Alfonso Reyes. Y el suyo es un cerebro espacioso y dúctil, propio para almacenar mucho y para poner en contacto todo lo almacenado. Infatigable y sagaz investigador, se ha abierto a toda la cultura, a todas las culturas, y las conoce así en sus líneas generales, como en sus más minutas particularidades, de las cuales hace gala, a veces, como el coleccionista muestra las piezas raras de su colección. Su elástica materia gris perfora caminos, echa puentes, tiende hilos telegráficos, lanza radiaciones de celdilla a celdilla, y compara o acopla los innumerables fantasmas en ellas impresos.

Reyes ve el Universo a través de un velo, que no es el de la Ilusión, tejido por Maya, sino por Mnemósine, la diosa de la memoria, que lo socorrió como espléndida hada madrina. Su visión de la vida está siempre llena de alusiones, de citas, de influjos de otros pensamientos. A momentos se verifica esto de modo tan sutil, que su literatura no puede llegar al vulgo, ni siquiera a la ilustración común, sino que se vuelve algo esotérico, para un grupo de

individuos que están al cabo de *omne res scibile*. Literato para literatos.

Encontramos en *Dos o tres mundos*, el "humour" del *Plano oblicuo*, esa dimensión que inventó Reyes en su florida juventud, como Einstein halló la cuarta dimensión. El plano oblicuo es el yo crítico introducido en la contemplación y en la creación. El yo en su más recóndita e íntima esencia, como lo usó Proust en la *Rebusca del tiempo perdido*. Es tan importante ese elemento (que, por supuesto, fundamenta todo arte) en la obra de Reyes, que pudiera decirse que su estética nace de este apotegma: el arte es el yo.

Mas en la expresión de él no se atiene a sus elementos más conspicuos, sino que parece que hurga los más secretos y evanescentes, resultando de allí una obra a ratos enigmática. Se diría que su mayor placer encontraríalo en expresar una emoción tan única, en una forma tan inusitada que sólo su autor la entendiera y gozara.

Tal aristocracia y refinamiento campean en los especímenes que retrae el tomo que se revisa: de *El cazador*, se reproduce ese ensayo de introspección en varias épocas, que es el *Diario de un joven desconocido*, y en el cual se diserta sobre los valores de juventud y de madurez; de *Cartones de Madrid*, se reimprimen algunas aguafuertes que acusan la ruda delicadeza de la raza española, uno de los riñones que nos generaron; de *Visión de Anáhuac*, se dan muchas páginas, que remontan nuestra historia precortesiana, recreando lo indígena, pero para obtener como resultado esta afirmación: "Si esa tradición nos fuere ajena, está en nuestras manos, a lo menos, y sólo nosotros disponemos de ella. No renunciaremos —¡Oh, Keats!— a ningún objeto de belleza engendradora de eternos goces".

La Belleza es el alfa y el omega del espíritu de Reyes; para captarla, se ha hecho líquido como el agua e ingravido como el aire, a pesar de su humanidad un tanto rotunda, a la que podríamos llamar delicadamente en francés *grassouillete*. Ya él, hacien-

do la exégesis del artículo de Gautier "De la obesidad en la literatura", concluyó que no es cierto que el genio tenga que ser flaco.

Sea como sea, la esfericidad de Reyes está permeada por un flúido más ligero que el aire, que le permite una ingravidez impensada. Su genio elástico y saltante hace recordar al hijo de Fausto y Helena, al volante Euforión, genio de la juventud, del valor y de la pasión, que se extingue en el espacio en una llamarada:

Sollt' ich aus der Ferne schauen?
Nein! ich teile Sorg' und Not...

G. FERNÁNDEZ MAC GREGOR.

El Hijo Pródigo, México,

noviembre 1944, p. 121.

ALFONSO REYES

¿De que índole es la poesía del mexicano amable, cordial y magnánimo que se llama Alfonso Reyes? ¿De dónde, de qué lejano hontanar de la lengua española, mana esta linfa clara de sus poemas? He ahí una cuestión que las críticas hispano americana y europea se han preguntado muchas veces, sin encontrar cabal respuesta. De entrada, parece que esta poesía se ata a Góngora y a Garcilaso por el tono, el vocabulario, el acento y una cierta disposición formal de la metáfora.

Sí, Reyes es un español a la americana, a la mexicana. Del Arcipreste hay también mucho y de lo mejor en su obra lírica, en su voz de poeta. Pero todas estas influencias, concentradas, hacen una singularidad muy especial, dista de cada uno de los modelos, o de todos juntos. Reyes es un poeta cuya manera podría ser determinada en cualquiera antología de la lengua, a distancia, de un golpe, con sólo escuchar la lectura de un poema suyo.

Tiene su poesía un ademán que oscila entre lo culto y lo popular, y parece, toda ella, un propósito estético admirable por hacer confluír en la delgada línea del verso, esos dos elementos contradictorios y, sin embargo complementarios. Predomina, desde luego, la sabiduría culta, la elegante erudición, la noción "intelectual", sobre el desnudo sentimiento. Pero ello es también una gracia superior, llena de atractivo. Además, hay momentos —y son muchos, por fortuna —en los cuales el poeta desborda sobre el crítico, sobre el erudito, sobre el humanista y la voz de la poesía se hace más directa, menos filtrada, más eficaz y plena de emoción.

Reyes es uno de los pocos grandes poetas de América. No se le reputa unánimemente como tal, a causa de la extraordinaria importancia de su tarea como crítico, como ensayista, como estimulante animador de ciertas ideas esenciales y de difícil aclimatación en estos pueblos de gente vivaz, charlatana y superficial. Por este aspecto, Reyes es un europeo y no un europeo español, precisamen-

te, sino un europeo a la francesa. No importa, para el caso, que sus temas se relacionen casi siempre con los problemas básicos de la cultura española e indo-española.

Decimos a la francesa por la seriedad, la densidad, la responsabilidad de sus juicios. Hispanista hasta la médula, trasciende, no obstante de los límites precarios a que se ha reducido, en nuestro calamitoso tiempo, el sentido de esta denominación que, en rigor, y aplicada al caso de Reyes, quiere decir, amor de la más pura tradición de nuestro idioma y comprensión crítica, no beata, de los mejores y más altos modelos del elenco clásico de la península.

Quienes en la América hispana tenemos algo que ver y hacer con el arte de escribir, sabemos que Reyes ejerce una especie de amable dominio intelectual sobre estas literaturas, dominio que él rechazaría si se le dijera que existe como una función deliberada de su propia persona. No hay, probablemente, hombre más discreto que Reyes, a juzgar por el sentido cordial que llevan sus reparos más justos, inexorables y precisos sobre la tontería ajena. Brilla en ellos una erudita cortesía, tan diferente del golpe rudo y sin gracia que dan, por lo común a sus amigos y enemigos, otros críticos de menos categoría.

El beneficio que a las letras hispanoamericanas ha aportado Reyes, merecería un comentario aparte. Señalo, no obstante, algunas de sus líneas generales: con Reyes se precisa, toma forma y excelente calidad, más allá del espíritu rígidamente académico, el interés literario en América por la gran tradición clásica española: el Arcipreste, los dos Luises, Gracián, Cervantes; como contrapunto natural con Reyes asciende también el interés por el conocimiento de lo que en la literatura de los países herederos del idioma español en América, tenga sabor y pigmento estéticos y sirva, al mismo tiempo, como muestrario de folk-lore y vitrina de lo popular y de lo culto.

En la obra de Reyes aparecen confundidas las raíces de lo español y de lo hispanoamericano, enseñándonos así el escritor mexi-

cano que de ese providencial amasijo resulta un pan intelectual que sabe deliciosamente; con Reyes aprendemos que la crítica literaria es una labor noble y difícil; cuyo cumplimiento cabal reclama la posesión de ciertas condiciones: honestidad del criterio, responsabilidad intelectual, suave intransigencia para no rechazar el gato cuando lo que hemos pedido es la liebre; desdén por la pedantería... En los libros de Reyes hallamos a un espíritu solicitado por la recóndita gracia que alienta en todas las cosas; nos encontramos con la Poesía y con el Poeta.

Hernando TÉLLEZ.

Sábado, Bogotá,

30 de diciembre de 1944.

Espejo de los Días

GLOSA SOBRE ALFONSO REYES

HE RELEÍDO en estos días algunos libros de Alfonso Reyes. Me he vuelto a deleitar con su prosa y sus versos, su poesía y sus ideas, sus sorprendentes hallazgos, sus incomparables atisbos, sus profundos y deliciosos descubrimientos en las vastas y encantadas provincias del arte literario. Este grande escritor americano, este mexicano cordial y generoso, magnánimo y sonriente, epigramático y severo, burlón y piadoso, es, probablemente sin competencia conocida, el mejor, más sagaz, más honorable y concienzudo crítico literario de hispanoamérica. Y el más atractivo, el más sugestivo también. No se me ha otorgado el beneficio de conocer personalmente a Reyes. He visto, sí, muchas fotografías suyas en las cuales aparece, unas veces de civil y otras en traje de diplomático. Y, tal como lo imaginaba, se presenta en la reproducción que de su estampa física hacen, a intervalos regulares, las revistas y periódicos del continente: rollizo, de pequeña estatura, jovial, apacible, respirando salud intelectual y moral, bienestar de la inteligencia, equilibrio del temperamento, largueza de la mano y del corazón. En los ojos apunta la luz de la gracia interior, esa gracia que se expande y desenvuelve como una "entidad" atmosférica por el territorio de su prosa y el mágico territorio de sus versos. Esa plenitud, ese gozo en la creación intelectual que trascienden de su estilo, también aparece en su persona. Me dicen que Reyes es un hombre de incomparable simpatía, cuya cauda de amigos y admiradores se extiende dichosamente a lo largo de dos continentes, por lo menos. Debe ser así, sin duda alguna. Su obra, en resumen, es eso: simpatía, simpatía universal, ecuménica, jovial, desinteresada, por todas las cosas, por todas las criaturas, por todos los paisajes, por todo cuanto sobre la tierra y en el aire y en los mares y en las almas y en los libros es digno

de amor, de solicitud, de curiosidad, de análisis, de explicación, de confrontación, de aproximación espiritual.

No se crea por ello, sin embargo, que Reyes toma una postura de beata conformidad ante los hechos del mundo y de la razón. Eso ya sería una *capitis diminutio* a su espléndida lucidez crítica, a su estimulante escepticismo y, sobre todo, a su magnífico sentido del humor, y a su don de la gracia. La simpatía que desborda de su obra, nace de la calidad humanística que ella misma encierra. En otras palabras: en la base de la obra de Reyes hay implícito un mensaje trascendente, que ilumina y vivifica todo el conjunto, que le da solidez y agilidad, perdurabilidad y acento inconfundible. Los ensayos de este gentil creador de belleza literaria, se refieren a ciertos aspectos del universo espiritual, a ciertos problemas del arte, que bien podemos considerar paradójicamente como eternos y cambiantes a la vez. A tales ensayos ha llevado Reyes su visión personal, descubriendo muchas Atlántidas sumergidas, y todo ello con ímpetu jovial y seguro de conquistador deportivo. Valga como ejemplo el idioma, el cosmos babélico del idioma, por el cual se ha adentrado este escritor con un desparpajo, una destreza y una impertérrita sagacidad dignos de envidia. Valga también de ejemplo, "el misterio" poético, en cuyas deliciosas brumas ha avanzado con el instrumento de precisión, con la brújula de su crítica.

Un espíritu o una inteligencia, como se quiera, así de alertada y penetrante, no es lo común en el elenco humano de la literatura de hispanoamérica. Hay, sin duda mucha habilidad literaria en nuestra América, gran pericia formal. Pero aquella confluencia de la pericia formal con la profundidad crítica, en que se expresa y simboliza el dominio exacto de la tarea literaria, no aparece como efecto, la nómina de los críticos literarios en esta parte del continente. Es pobre, mezquina, casi inexistente. Y ello es bien explicable: la crítica florece en comarcas del arte nutridas y abonadas con el polvo y las cenizas de innumerables cosechas intelectuales;

su semilla prende y fructifica cuando a determinada distancia histórica aparece la capa geológica, dura, fuerte y estable de la tradición clásica. Y esta América nuestra, esta América del mexicano Alfonso Reyes, carece aun de ese precipitado geológico a que aludo. Por lo mismo, el caso del escritor mencionado, resulta todavía más sorprendente y admirable. Y por lo mismo también, puede clasificarse su caso como el de un espíritu americano, a quien Europa modela la sensibilidad, afina el gusto y el ojo, y agracia el idioma.

En cuanto a lo dicho, pues, Reyes resulta un europeo. Pero digamos algo más: el tema, la preocupación americana, nacional, circunscrita a los términos de su tierra propia, su linda tierra "vestida de percal y de abalorio", repercute y viene y vuelve y aparece, a cada rato, en su obra: el paisaje, el habla popular, la canción del pueblo, la crónica nativa, el folk-lore, la política mexicana, la poesía mexicana y con ella, de brazo, toda la poesía del Sur, han constituido el objeto de su amorosa y aguda inspección crítica, de su glosa, de su comentario, de su exaltación y de su exquisita sorna.

Quienes en la América Hispana tenemos algo que ver y hacer con el arte de escribir, sabemos que Reyes ejerce una especie de amable dominio intelectual sobre estas literaturas, dominio que él rechazaría si se le dijera que existe como una función deliberada de su propia persona. No hay probablemente, hombre más discreto que Reyes, a juzgar por el sentido cordial que llevan sus reparos más justos, inexorables y precisos sobre la tontería ajena. Brilla en ellos una erudita cortesía, tan diferente del golpe rudo y sin gracia que dan, por lo común, a sus amigos y a sus enemigos, otros críticos de menor categoría.

El beneficio que a las letras hispanoamericanas ha aportado Reyes merecería un comentario aparte. Señalo, no obstante, algunas de sus líneas generales: con Reyes se precisa, toma forma y calidad, excelente calidad por fuera del espíritu rígidamente académico, el interés literario en América por la mejor tradición clásica española: el Arcipreste, los dos Luises, Gracián, Cervantes; co-

mo contrapunto natural, con Reyes asciende también el interés por el conocimiento de lo que en la literatura de los países herederos del idioma español en América, tenga sabor y pigmento estéticos y sirva al mismo tiempo como muestrario de folk-lore y vitrina de lo popular y de lo culto; en la obra de Reyes aparece confundida la línea de lo español y de lo americano, en gozoso concierto, enseñándonos de esta suerte el escritor mexicano, que de ese providencial "amasijo" el pan intelectual que resulta sabe deliciosamente; con Reyes aprendemos que la crítica literaria es una labor noble y difícil, cuyo cumplimiento cabal reclama la posesión de ciertas condiciones que no son exactamente las de mayor vigencia en el mundo de las letras hispanoamericanas, a saber: honestidad del criterio, responsabilidad intelectual, suave intransigencia para no admitir el gato cuando pedimos la liebre; desdén por la pedantería; generosidad, sobre todo generosidad, que no equivale a bobería y compromiso y compadrazgo; en los libros de Reyes, finalmente, hallamos a un espíritu solicitado por la gracia recóndita que alienta en todas las cosas; nos encontramos con la Poesía y con el poeta. La poesía de Reyes injerta la más sabrosa y más pura tradición española —Berceo, Garcilazo, Lope, Manrique, Santillana— en el joven árbol de la poesía americana de nuestro tiempo. A la floresta nueva trae la antigua y maravillosa semilla.

Hernando TÉLLEZ.

El Liberal, de Bogotá,

Colombia.

ALFONSO REYES

Hace treinta y cinco años que Alfonso Reyes, obediente a un destino amable, se consagró a la literatura. Desde un principio lo atrajeron todas las formas que se acomodaban a los perfiles de su espíritu: el cuento, la poesía, el ensayo, la crítica. Y en todas, con secreto instinto y raro poder, ha ido dejando constancia de su vocación y de su arte.

Inaugura su carrera literaria con un bello libro, *Cuestiones estéticas* (1911), que tenía la fuerza sutil de la vida que comienza, la inteligente curiosidad de la juventud y un humanismo palpitante en que había tanto de adivinación como de doctrina. Sigue después la época de Madrid: el momento más feliz y fecundo de la primera etapa de su carrera. La vida, más sabia que cruel, lo obligó a vivir de su oficio. De entonces son —además de los artículos y ensayos que forman los tres primeros volúmenes de *Simpatías y diferencias* (1921-1922), los *Retratos reales e imaginarios* (1920) y una serie de importantes trabajos de erudición y crítica— los *Cartones de Madrid* (1917), cuadros intensos y rápidos de la vida española que, como los geniales apuntes de los pintores, representan un estado puro de la emoción que suele perder su calidad en las obras más acabadas, y la *Visión de Anáhuac* (1915), un ensayo perfecto en sus líneas tan puras y precisas, en su equilibrado poder de evocación y síntesis. Por ese tiempo publicó también *El plano oblicuo* (1920) y *El cazador* (1921), que contienen muchas páginas escritas en México: cuentos y fantasías en que ha logrado expresar situaciones cuya realidad se confunde con los sueños olvidados y momentos irreversibles de autobiografía espiritual. A la época de España pertenece también su poema dramático *Ifigenia cruel* (1923), que tiene la severa y noble gracia de una escultura griega arcaica, y cuya corriente lírica anima las aguas del mito clásico.

Después de Madrid sigue un período de descanso: bien mere-